

12. LOS ACONTECIMIENTOS FINALES DE LA TIERRA



A lo largo de los siglos, el gran conflicto ha sido una batalla entre la verdad y el error. Satanás es un mentiroso y «el padre de la mentira» (Juan 8: 44, NTV), y Jesús es el autor de toda verdad (Juan 14: 6). La Biblia desenmascara la estrategia de Satanás y revela los planes de Dios. Desenmascara los engaños del maligno. Sin la Biblia, nos quedaríamos en un mar de incertidumbre respecto al futuro. Pero nuestro bondadoso Dios nos ha dado su Palabra, que revela la verdad y desenmascara el error. La Palabra de Dios «es una lámpara a mis pies» que «da entendimiento al sencillo» (Salmo 119: 105, 130, NVI). A través de la Palabra de Dios, obtenemos la gracia y el poder para permanecer fieles a Cristo cueste lo que cueste.

La profecía: Una luz resplandeciente

Según Pedro, no hemos seguido «fábulas artificiosas» (2 Pedro 1: 16). Las profecías de la Palabra de Dios iluminan el camino que tenemos por delante. Establecen la diferencia entre la verdad y el error en estos últimos días. Elena G. de White aclara este punto y plantea algunas cuestiones reveladoras:

«Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Sagradas Escrituras su salvaguardia contra las influencias de los falsos maestros y el poder seductor de los espíritus tenebrosos. Satanás emplea cuantos medios puede para impedir que la gente conozca la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños [...]. El último gran engaño se desplegará pronto ante nosotros. El Anticristo va a efectuar ante nuestra vista obras maravillosas. La mentira se asemejará tanto a la realidad, que será imposible distinguirlos sin el

auxilio de las Santas Escrituras. Ellas son las que de ben atestiguar en favor o en contra de toda declaración, de todo milagro [...]. Solo los que hayan fortalecido su espíritu con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran conflicto. Toda alma ha de pasar por la prueba decisiva: ¿Obedeceré a Dios antes que a los seres humanos? La hora crítica se acerca. ¿Hemos asentado los pies en la roca de la inmutable Palabra de Dios? ¿Estamos preparados para defender firmemente los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?». ⁶⁸

En esta declaración se plantean tres preguntas que requieren un examen de conciencia. La primera es: «¿Obedeceré a Dios antes que a los seres humanos?». En otras palabras, ¿dónde está nuestra lealtad? ¿Significan más para nosotros las opiniones de los demás que la aprobación de Cristo? ¿Están nuestras acciones determinadas por la influencia de otras personas? Como cristianos, nuestra lealtad suprema es a Cristo y a su Palabra.

La segunda pregunta es: «¿Hemos asentado los pies en la roca de la inmutable Palabra de Dios?». Nuestro compromiso es con las enseñanzas de la Palabra de Cristo. Si algo es inmutable, significa que no cambia, que es inamovible e inquebrantable. ¿Recuerdas la historia que contó Jesús acerca de las dos casas (Mateo 7: 24-27)? Una casa estaba construida sobre la arena de la opinión humana, y la otra estaba construida sobre la roca sólida de la Palabra de Dios. Cuando llegaron las tormentas, la casa construida sobre la arena se derrumbó, mientras que la casa construida sobre la Palabra de Dios se mantuvo firme. Cuando la tormenta final se abata sobre este mundo con furia demoníaca, solo sobrevivirán los que hayan edificado su fe sobre las verdades inmutables de la Palabra de Dios.

La tercera pregunta que presenta esta cita es la siguiente: «¿Estamos preparados para defender firmemente los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?». En un momento de la historia de la Tierra en que las influencias de nuestra sociedad materialista moldean los valores de la gente, Dios nos llama a mantenernos firmes en defensa de la verdad y la justicia. La iglesia cristiana está llamada a cambiar la sociedad, no a adaptarse a ella. La presión para transigir en nuestro compromiso con la Palabra de Dios será enorme. Se alzarán poderosas fuerzas contra el pueblo de Dios, pero por el poder de Cristo, este permanecerá leal a las verdades de las Escrituras.

Sellados para la eternidad

En la crisis venidera relativa a la adoración, el pueblo fiel de Dios no cederá a la presión del poder de la bestia (Apocalipsis 14:12). Estarán sellados por el Espíritu Santo y no se dejarán doblegar (Efesios 4: 30).

En la antigüedad, se utilizaban sellos para atestiguar la autenticidad de los documentos oficiales. Eran una marca distintiva e individualizada. Dado que el conflicto final gira en torno a la adoración y a la autoridad de Dios revelada en su ley, es de esperarse que el sello de Dios esté incluido en su ley (Isaías 8: 16). El mandamiento del sábado, en el centro de la ley de Dios, contiene su sello. El mandamiento comienza con las palabras «Acuérdate del sábado para santificarlo [...] pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; [...] porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó» (Éxodo 20: 8, 10, 11).

Aquí tenemos tres elementos propios de un sello genuino: el nombre del creador del sello («Jehová, tu Dios»; versículo 10), el título del que sella («hizo Jehová») y el territorio del que sella («los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay»).

En la Biblia, a veces se denomina sello a una *señal* (Romanos 4: 11). Ambas palabras son intercambiables. Como una señal (sello) de Dios en el corazón de su ley, el sábado se encuentra en el centro del conflicto final sobre la adoración. Según Apocalipsis 7: 1-3 y Apocalipsis 14: 1, el sello de Dios es colocado en la frente. La frente es un símbolo de la mente y representa una decisión a conciencia.

Satanás también tiene su marca. La marca de la bestia se coloca en la frente o en la mano, lo que indica que la gente está convencida intelectualmente de las mentiras de Satanás o simplemente las obedece por conveniencia, solo para sobrevivir.

La adoración sabática es el sello a través del cual manifestamos nuestra lealtad a Dios y aceptamos su autoridad como nuestro Creador. Es la señal externa de nuestra lealtad a Dios. En Daniel 3, los valientes hebreos se mantuvieron firmes cuando toda Babilonia se inclinó en obediencia a la orden de Nabucodonosor de adorar la imagen de oro que había erigido. Esta orden universal de un rey antiguo, contraria a los diez mandamientos de Dios, presagiaba otra orden de adorar a alguien que no es Dios. La única salvaguardia contra la marca de la bestia es «un

afianzamiento en la verdad, tanto intelectual como espiritualmente, de modo que los sellados [el pueblo de Dios] son incommovibles».⁶⁹

El gran conflicto alcanza su punto culminante cuando el dragón (Satanás) declara la guerra a un grupo de creyentes que «guardan los mandamientos de Dios» y tienen «la fe de Jesús» (Apocalipsis 14: 12). Están establecidos en su lealtad a Cristo y no pueden ser sacudidos. El diablo utilizará la coacción y la amenaza de muerte, pero asegurado en Cristo, su pueblo se mantendrá firme.

Satanás ya está preparando a la gente para sus engaños finales. Está haciendo incursiones en la iglesia remanente de Dios. La transigencia distorsiona nuestros pensamientos. La sumisión al mundo corroe nuestra auténtica fe cristiana. Se nos ha dado esta solemne advertencia:

«Conforme vaya acercándose la tempestad, muchos que profesaron creer en el mensaje del tercer ángel, pero que no fueron santificados por la obediencia a la verdad, abandonarán su fe, e irán a engrosar las filas de la oposición. Uniéndose con el mundo y participando de su espíritu, llegarán a ver las cosas casi bajo el mismo aspecto; así que cuando llegue la hora de prueba estarán preparados para situarse del lado más fácil y de mayor popularidad. Personas de talento y de elocuencia, que se gozaron un día en la verdad, emplearán sus facultades para seducir y descarriar almas. Se convertirán en los enemigos más encarnizados de sus hermanos de antaño. Cuando los observadores del sábado sean llevados ante los tribunales para responder de su fe, estos apóstatas serán los agentes más activos de Satanás para calumniarlos y acusarlos y para incitar a los magistrados contra ellos por medio de falsos informes e insinuaciones».⁷⁰

El libro de Apocalipsis detalla claramente los acontecimientos finales de la Tierra. Nos da una vislumbre del futuro. Dios nos ama demasiado como para mantenernos en la oscuridad sobre lo que se avecina en este mundo. Quiere que estemos preparados para el futuro.

Una vislumbre del futuro

El último llamado de Dios a este planeta rebelde se encuentra en Apocalipsis 14: 6-12. Tres ángeles vuelan velozmente en medio del cielo para llevar el último mensaje del evangelio eterno de Dios «a toda nación, tribu, lengua y pueblo» (versículo 6). El primer ángel urge a los hombres y mujeres a adorar al Creador (versículo 7). El segundo ángel

les advierte sobre la caída de Babilonia (versículo 8). Y el tercer ángel revela las terribles consecuencias de adorar a la bestia (versículos 9-11). El grupo que adora al Creador y no adora a la bestia es descrito como el que guarda «los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (versículo 12).

La creación es el fundamento de la verdadera adoración (Apocalipsis 4: 11). El conflicto venidero sobre la ley de Dios girará en torno a su autoridad creadora. Si Satanás puede acabar con el sábado, declarará que su autoridad es mayor que la de Dios. Para lograr sus objetivos, Satanás intentará convencer u obligar al mundo entero a que acepte el falso día de reposo. El maligno utilizará su poder engañoso para embaucar a la última generación que ha ignorado la Palabra de Dios. Lo que no pueda conseguir mediante el engaño, lo logrará por la fuerza. Su malvado plan maestro consiste en influir en los líderes apóstatas de las iglesias y en los legisladores corruptos para que aprueben un decreto por el que nadie pueda comprar ni vender a menos que reciba la marca de la bestia. Finalmente, sobrevendrán el encarcelamiento, la persecución y la muerte (Apocalipsis 13: 13-17). Elena G. de White reflexiona sobre este serio desafío:

«Terrible será la crisis que vendrá sobre el mundo. Los poderes de la tierra, que se unen para hacer la guerra a los mandamientos de Dios, decretarán que todos los hombres, «pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos» (Apocalipsis 13: 16), se conformen a las costumbres de la iglesia y observen el falso día de reposo. Todos los que se nieguen a someterse serán castigados por la autoridad civil, y finalmente se decretará que son dignos de muerte. [...] El sábado será la gran prueba de lealtad; pues es el punto especialmente controvertido. Cuando esta prueba les sea aplicada finalmente a los hombres, se trazará la línea de separación entre los que sirven a Dios y los que no le sirven. Mientras la observancia del falso día de reposo (domingo), en obediencia a la ley del estado y en oposición al cuarto mandamiento, será una declaración de obediencia a un poder que está en oposición a Dios, la observancia del verdadero día de reposo (sábado), en obediencia a la ley de Dios, será una señal de lealtad al Creador. Mientras que una clase de personas, al aceptar la señal de sumisión a los poderes del mundo, recibe la marca de la bestia, la otra, por haber escogido la señal de obediencia a la autoridad divina, recibirá el sello de Dios».⁷¹

El pueblo de Dios de los últimos días experimentará toda la ira de Satanás, pero, al mantenerse fiel a Cristo, también experimentará el maravilloso derramamiento del Espíritu Santo de Dios. La tierra será «alumbrada con su gloria» (Apocalipsis 18: 1). Habrá una revelación del carácter de Dios y un poder en la proclamación del evangelio que no se han visto desde los tiempos apostólicos.

La repetición del Pentecostés

El derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés impulsó poderosamente a la iglesia cristiana. Tres mil personas se convirtieron en un día. El libro de los Hechos registra los milagros de la gracia transformadora de Dios. Lucas señala: «Muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los hombres era como cinco mil» (Hechos 4: 4).

Los creyentes que se reunieron en el aposento alto para orar eran apenas 120, pero 120 personas que oraban marcaron una gran diferencia (Hechos 1: 14, 15). La iglesia creció rápidamente hasta contar con miles de creyentes. La historia continúa. «La palabra del Señor crecía y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe» (Hechos 6: 7). Cuando los discípulos fueron intensamente perseguidos en Jerusalén, fueron «por todas partes anunciando el evangelio» (Hechos 8: 4). Se plantaron nuevas iglesias por toda Judea, Samaria y Galilea (Hechos 9: 31).

Tras su conversión, el apóstol Pablo proclamó a Cristo por todo el mundo mediterráneo. En Tesalónica, unos judíos opuestos al evangelio pronunciaron esta sorprendente declaración: «Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá» (Hechos 17: 6). Mediante el poder del Espíritu Santo, los discípulos alcanzaron el mundo conocido en ese momento en un tiempo relativamente breve. La predicción de Joel sobre la lluvia temprana se cumplió en Pentecostés, pero la lluvia tardía se dejará caer con mayor poder para completar la misión de Cristo (Joel 2: 23).

El profeta Zacarías nos exhorta: «¡Pidan al Señor la lluvia de la estación tardía!» (Zacarías 10: 1, RVA-2015). Santiago añade: «Hermanos, tengan paciencia hasta la venida del Señor. Fíjense en el labrador, cómo espera el preciado fruto de la tierra, y cómo aguarda con

paciencia a que lleguen las lluvias tempranas y tardías» (Santiago 5: 7, RVC).

Los términos «lluvia temprana» y «lluvia tardía» están tomados del ciclo de la cosecha de Israel. La lluvia temprana caía en el otoño del año para germinar la semilla. La lluvia tardía caía en la primavera para madurar la cosecha. Los escritores bíblicos utilizan estos términos para describir la obra del Espíritu Santo en la proclamación del evangelio. Elena G. de White lo explica con estas palabras:

«Como la “lluvia temprana” fue dada en tiempo de la efusión del Espíritu Santo al principio del ministerio evangélico, para hacer crecer la preciosa semilla, así la “lluvia tardía” será dada al final de dicho ministerio para hacer madurar la cosecha [...]. La gran obra de evangelización no terminará con menor manifestación del poder divino que la que señaló el principio de ella. Las profecías que se cumplieron en tiempo de la efusión de la lluvia temprana, al principio del ministerio evangélico, deben volverse a cumplir en tiempo de la lluvia tardía, al fin de dicho ministerio».⁷²

Esta extraordinaria declaración es muy alentadora para el pueblo de los últimos tiempos. Cuando el Espíritu Santo fue derramado con el poder de Pentecostés en el siglo I, el mensaje del evangelio penetró en el mundo en un tiempo relativamente corto. La obra concluirá de la misma manera al final de los tiempos.

La gloria de Dios revelada

Un cuarto ángel se une a las proclamaciones de los tres primeros ángeles para completar la obra de Dios en la Tierra. El Apocalipsis declara:

«Después de estas cosas vi a otro ángel que descendía del cielo y que tenía gran autoridad, y la tierra se iluminó con su gloria. Y proclamó con potente voz diciendo: “¡Ha caído, ha caído Babilonia la grande! Se ha convertido en habitación de demonios” [...]. Oí otra voz del cielo que decía: “¡Salgan de ella, pueblo mío, para que no participen de sus pecados y para que no reciban sus plagas!”» (Apocalipsis 18: 1, 2, 4, RVA-2015).

Este ángel baja directamente del cielo y revela la gloria de Dios con tanta fuerza, que su gloria ilumina toda la tierra. La palabra original traducida como «autoridad» o «poder» en el texto griego es *exousia*. En este pasaje, se refiere al triunfo sobre los principados y potestades del

infierno por la autoridad de Jesucristo. Mateo utiliza esta palabra en su Evangelio cuando Jesús envía a sus discípulos. En Mateo 10: 1, Jesús les da a sus discípulos «autoridad» sobre los principados y las potestades del infierno.

Durante el tiempo del fin, el Espíritu Santo será derramado con un poder sin precedentes, y el Evangelio se extenderá rápidamente hasta los confines de la tierra. Miles de personas se convertirán en un día, y la gracia y la verdad de Dios alcanzarán a todo el planeta.

Esos son los “tiempos de consuelo” en que pensaba el apóstol Pedro cuando dijo: “Así que, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de consuelo, y él envíe a Jesucristo” (Hechos 3: 19-20). Vendrán siervos de Dios con semblantes iluminados y resplandecientes de santa consagración, y se apresurarán de lugar en lugar para proclamar el mensaje celestial. Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y señales y prodigios seguirán a los creyentes».⁷³

El poder del anticristo que une a la Iglesia y al Estado no tendrá la última palabra, Dios la tendrá. Los opresores del pueblo de Dios no saldrán victoriosos en la última guerra de la Tierra. La vela de la verdad no será apagada por los vientos del engaño y la persecución. La verdad de Dios brillará cada vez más hasta que la Tierra se ilumine con la gloria de Dios. Sus planes, sus propósitos y su pueblo triunfarán. Los poderes del mal serán derrotados. La verdad triunfará sobre el error. La justicia vencerá al mal. Jesús volverá como Rey de reyes y Señor de señores, y viviremos con él para siempre.

13. EL TRIUNFO DEL AMOR DE DIOS



Podemos afrontar el futuro con esperanza. Aunque nos esperan tiempos difíciles, llegará un día mejor en el que podremos disfrutar de una vida con sentido, propósito y alegría. La esperanza levanta el espíritu y nos mantiene en pie a pesar de los retos a los que nos enfrentemos. Es esa cualidad intangible que ve más allá de los problemas de la vida, hacia un mañana mejor. Anticipa lo mejor de la vida, aunque estemos afrontando lo peor de la vida. Ve más allá de lo que es, hacia lo que será.

Un proverbio africano dice: «La esperanza es el pilar del mundo».⁷⁴ El proverbio da en el clavo. Sin esperanza, este mundo va camino a la ruina. Sin esperanza, los cimientos de la sociedad se derrumban. Sin esperanza, vivimos la vida en silenciosa desesperación. Franklin D. Roosevelt fue el trigésimo segundo presidente de los Estados Unidos, ejerciendo su cargo desde 1933 a 1945, durante uno de los periodos más difíciles de la historia del país. Estaba paralizado por la poliomielitis y se le hacía imposible caminar sin ayuda. En una ocasión dijo: «Siempre hemos mantenido la esperanza, la creencia, la convicción, de que hay una vida mejor, un mundo mejor, más allá del horizonte».⁷⁵ Albert Einstein, uno de los hombres más brillantes del mundo, escribió: «Aprende del ayer, vive el presente, espera el mañana».⁷⁶

El amor inquebrantable de Cristo no fallará en el momento de mayor aflicción de la historia del universo. El triunfo completo y total de Cristo sobre los poderes del mal nos asegura su victoria definitiva en el gran conflicto entre el bien y el mal. El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, nos da esperanza para hoy, mañana y siempre.

Esperanza en tiempos de angustia

La Biblia empieza con la historia de un mundo perfecto en Génesis y termina con un mundo perfecto en Apocalipsis. Entre los capítulos iniciales de la Biblia y sus capítulos finales, la humanidad se ve inmersa en un terrible conflicto entre el bien y el mal. En el Edén, el pecado abrió una puerta de dolor, enfermedad y sufrimiento que Dios quería mantener cerrada para siempre. Es allí, en el Jardín donde encontramos la promesa divina del Salvador venidero para liberar a la humanidad de las garras del pecado.

La batalla entre el bien y el mal se pone de manifiesto en el nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Satanás utilizó todas las armas posibles de su arsenal para tentar y destruir a Jesús, pero en cada tentación, Jesús salió victorioso. El conflicto final llegó a la cruz, donde Jesús cargó con la culpa, la condena y el pecado de toda la humanidad. En este tiempo de angustia, Cristo no podía ver a través de las puertas del sepulcro. Por la fe, confió en su relación con el Padre. Ahora se acerca otro tiempo de angustia para el pueblo de Dios, en el que nosotros también debemos resistir por la fe, confiando en el amor del Padre. El profeta Jeremías escribe:

«¡Ah, cuán grande es aquel día! Tanto, que no hay otro semejante a él. Es un tiempo de angustia para Jacob, pero de ella será librado»
(Jeremías 30: 7).

Elena G. de White escribe: «La noche de la aflicción de Jacob, cuando luchó en oración para ser librado de manos de Esaú (Génesis 32: 24-30), representa la prueba por la que pasará el pueblo de Dios en el tiempo de angustia».²⁷ Jacob pecó gravemente cuando engañó a su padre. Ahora, de regreso a casa, su hermano Esaú se acercaba con un grupo de hombres armados. La vida de Jacob estaba en peligro. Sabía que la única solución era la liberación divina, por lo que suplicó a Dios hasta que tuvo la seguridad de que su oración había sido atendida. En los tiempos de angustia que se avecinan, nuestra esperanza está anclada en Cristo. Debemos aferrarnos a él como nuestra única esperanza y poderoso Libertador.

Sin Jesús, será imposible resistir en el tiempo de angustia que se aproxima. La única preparación para el tiempo de angustia es mantener una relación personal con Jesús tan profunda que nada pueda cambiarla. Al igual que Jesús, debemos tener un compromiso de entrega total al Padre. No había nada en el corazón de Cristo que respondiera a los engaños de Satanás. «Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios

que le permitiera ganar la victoria [...]. No hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia». ⁷⁸

Hay quienes tienen la falsa creencia de que debemos enfrentarnos solos a la ira de Satanás en el tiempo de angustia. Han malinterpretado el concepto de vivir el tiempo de angustia sin un mediador. La razón por la que Jesús cesa su mediación en el santuario celestial es porque cada persona ha tomado su decisión final a favor o en contra de Cristo (Apocalipsis 22: 11, 12). Pero esto no significa en absoluto que vayamos a estar solos durante ese tiempo, confiando en nuestra propia fuerza. El Salmista comparte promesas maravillosamente esperanzadoras sobre la protección de Dios en el tiempo de angustia tras el fin del tiempo de prueba humano. Dedicemos un momento a leer el Salmo 91. Fortalecerá nuestra fe para los días venideros. Durante el tiempo de angustia, nuestro único deseo es vivir con Jesús para siempre.

Esperanza en el pronto regreso de Jesús

La esperanza del retorno de Jesús es uno de los grandes pilares de la Biblia. Es la esperanza del cristiano. Eleva nuestra mirada de los problemas de la Tierra a las alturas de la eternidad. Jesús animó a sus discípulos con estas palabras: «No se angustien. Confíen en Dios y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas. Si no fuera así, ¿les habría dicho yo a ustedes que voy a prepararles un lugar allí? Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté» (Juan 14: 1-3, NVI). Cuando llegue el tiempo de angustia no tenemos por qué angustiarnos, porque Jesús vendrá pronto.

La expresión: «No se angustien» nos da la seguridad de que la promesa es certera. Este mundo no es nuestro hogar definitivo. Vivimos en la espera del advenimiento. Uno de cada veinticinco versículos del Nuevo Testamento habla del regreso de nuestro Señor. ⁷⁹ Cuando los días son sombríos y las promulgaciones opresivas de un poder político-religioso amenacen nuestra vida, la promesa de la venida de Cristo llenará nuestro corazón de esperanza. Esta es «la esperanza bienaventurada» que ha inspirado al pueblo fiel de Dios en todas las generaciones (Tito 2: 13). Esta es la esperanza que arde en nuestro corazón de que se aproxima un día mejor.

Solo dos respuestas

Dios nos ha dado a cada uno de nosotros múltiples oportunidades de salvación en esta vida. Cuando Jesús regrese, cada individuo habrá tomado ya una decisión final e irrevocable. Un grupo levantará la vista y declarará con alegría: «¡He aquí, este es nuestro Dios! Le hemos esperado, y nos salvará» (Isaías 25: 9). El otro grupo llorará ante su regreso y clamará «a las montañas y a las rocas: “Caigan sobre nosotros y escóndannos del rostro de aquel que se sienta en el trono, y de la ira del Cordero”» (Apocalipsis 6: 16, NTV). Estas dos reacciones revelan las horribles consecuencias del pecado y las maravillosas provisiones de la gracia.

La rebelión contra Dios genera miedo, culpa, condenación y pérdida eterna. Aceptar su gracia salvadora conduce al perdón, la paz y la alegría eterna en su glorioso retorno. Redimidos por la gracia, transformados por el amor y cambiados por el Calvario, alabaremos al Cristo de la cruz a través de las edades incesantes. Elena G. de White lo expresa con gran elocuencia: «La cruz de Cristo será la ciencia y el canto de los redimidos durante toda la eternidad. En el Cristo glorificado, contemplarán al Cristo crucificado [...]. El hecho de que el Hacedor de todos los mundos, el Árbitro de todos los destinos, dejara su gloria y se humillara por amor a los seres humanos, despertará eternamente la admiración y adoración del universo. Cuando las naciones de los salvos miren a su Redentor y vean la gloria eterna del Padre brillar en su rostro; cuando contemplen su trono, que es desde la eternidad hasta la eternidad, y sepan que su reino no tendrá fin, entonces prorrumpirán en un cántico de júbilo: “¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios con su propia preciosísima sangre!”».⁸⁰

¡Qué clase de amor! ¡Un amor incomparable! Su amor finalmente es vencedor.

El Cristo victorioso

Cristo saldrá victorioso en la última guerra de la Tierra. Su pueblo, aunque oprimido y perseguido, triunfará. Su plan para este mundo se cumplirá. Apocalipsis 19 termina con una espectacular descripción del regreso de Jesús. Vuelve como «REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES» (versículo 16). Los malvados son consumidos por el resplandor de su venida. Pero la historia no termina allí. Hay una escena más en el gran conflicto antes de que la armonía reine en todo el universo nuevamente y para siempre.

Apocalipsis 20 nos adentra en un periodo que durará mil años, conocido como *el milenio*. Apocalipsis 20: 1-3 describe la escena de esta manera: «Vi un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso un sello sobre él, para que no engañara más a las naciones hasta que fueran cumplidos mil años».

Las imágenes de estos versículos son simbólicas. Satanás no será literalmente atado con una cadena y encerrado en un pozo. Durante mil años, estará confinado en esta tierra desolada y despoblada, atado por las circunstancias que él mismo creó. En 2 Pedro 2: 4 leemos que Satanás y sus ángeles fueron reservados para el castigo en «prisiones de oscuridad». Satanás estará confinado en la tierra por una cadena de circunstancias en las que no tendrá a nadie a quien tentar. Durante mil años contemplará la devastación, la destrucción y el desastre que su rebelión provocó.

La palabra griega traducida como «abismo» es la misma palabra utilizada en la Septuaginta, que es la traducción griega del Antiguo Testamento, para describir la tierra en el momento de la Creación. «La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Génesis 1: 2). Es la misma palabra griega: *abussos*. Describe una tierra desolada. Este «abismo» no es una caverna subterránea ni un abismo enorme en el universo. Satanás se queda solo con sus ángeles malignos para observar los estragos causados por su rebelión. Dios se está ocupando del problema del pecado de una forma que garantizará al universo que el pecado jamás surgirá por segunda vez (Nahúm 1: 9).

Dios lo hace de tres maneras. En primer lugar, revela su amor ilimitado y sus incesantes esfuerzos por salvar a la humanidad. En segundo lugar, revela su justicia y rectitud. Y, en tercer lugar, permite que el universo vea los resultados finales del pecado y la rebelión.

Durante el milenio, los justos tendrán la oportunidad de observar de primera mano la justicia y el amor de Dios en la forma en que se ha ocupado del problema del pecado (Apocalipsis 20: 4-7). Los redimidos captarán de un modo nuevo, con más fuerza que nunca, los poderosos intentos de Dios por salvar a toda persona que haya vivido. Se darán cuenta de nuevo de que aquellos que están perdidos han rechazado a Cristo, perdiendo así la oportunidad de alcanzar el cielo. Si hay un ser

amado o un amigo íntimo que está ausente del cielo, los salvados tendrán la oportunidad de comprender de forma detallada todo lo que hizo Jesús para atraer a esa persona hacia sí.

Al final de los mil años, los que no sean salvos resucitarán para recibir su recompensa final. Incluso entonces no se arrepentirán, sino que se unirán a Satanás para combatir contra Dios (versículos 5, 6).

Según Apocalipsis 20, Satanás volverá a engañar a las naciones, reuniendo a las legiones de los perdidos para atacar la Ciudad Santa cuando descienda del cielo. He aquí cómo describe la escena el apóstol Juan: «Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla. Su número es como la arena del mar. Subieron por la anchura de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; pero de Dios descendió fuego del cielo y los consumió» (versículos 7-9).

En este momento, Satanás reúne al vasto ejército de sus seguidores. Aunque ha sufrido derrota tras derrota en el gran conflicto, aún no está dispuesto a poner fin a su rebelión. Sale «a engañar a las naciones», la inmensa multitud de los perdidos. Satanás les inspira un último gran esfuerzo para derrocar a Dios e instaurar su propio reino. La frase *Gog y Magog* es un símbolo literario para representar a Satanás y a los perdidos de todas las épocas en su ataque contra la ciudad santa de Cristo, la Nueva Jerusalén, al final del milenio. Satanás y sus seguidores rodean «el campamento de los santos y la ciudad amada» (versículo 9).

Al final del milenio, no solo resucitan todos los impíos, sino que la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, descende a la Tierra desde el cielo. Juan dice: «Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa heroseada para su esposo» (Apocalipsis 21: 2). Los santos han estado viviendo y reinando con Cristo en la Nueva Jerusalén durante el milenio. Ahora, al final de los mil años, la ciudad descende a la Tierra junto con Dios, Jesús, los ángeles y todos los redimidos. Todos están presentes en la batalla final del gran conflicto. ¡El pecado está a punto de ser erradicado de una vez y para siempre!

Satanás y sus ángeles malignos serán destruidos en el lago de fuego. El pecado y los pecadores serán consumidos. Elena G. de White describe este momento sombrío, pero a la vez de gran gozo:

«La obra de destrucción de Satanás ha terminado para siempre. Durante seis mil años obró a su gusto, llenando la tierra de dolor y causando penas por todo el universo. Toda la creación gimió y sufrió en angustia. Ahora las criaturas de Dios han sido libradas para siempre de su presencia y de sus tentaciones. “Toda la tierra descansa tranquila y prorrumpe en gritos de alegría” (Isaías 14: 7, NVI). Y un grito de adoración y triunfo sube de entre todo el universo leal. Se oye “como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas y como la voz de grandes truenos, que decía: ‘¡Aleluya!, porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina” (Apocalipsis 19: 6)».⁸¹

Para meditar

Por fin, los redimidos experimentarán las alegrías del cielo, liberados de la plaga del pecado:

«Allí [en la Nueva Jerusalén] los redimidos conocerán como son conocidos. Los sentimientos de amor y misericordia que el mismo Dios implantó en el alma, se desahogarán del modo más completo y más dulce. El trato puro con seres santos, la vida social y armoniosa con los ángeles bienaventurados y con los fieles de todas las edades que lavaron sus vestiduras y las emblanquecieron en la sangre del Cordero, los lazos sagrados que unen a “toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3: 15), todo eso constituye la dicha de los redimidos.

»Allí intelectos inmortales contemplarán con eterno deleite las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. Allí no habrá enemigo cruel y engañador para tentar a que se olvide a Dios. Toda facultad será desarrollada, toda capacidad aumentada. La adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías. Las mayores empresas podrán llevarse a cabo, satisfacerse las aspiraciones más sublimes, realizarse las más encumbradas ambiciones y, sin embargo, surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetivos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo».⁸²

La Biblia comienza con un mundo perfecto en Génesis 1 y 2 y termina con un mundo perfectamente restaurado en Apocalipsis 21 y 22. ¡Qué dicha enorme dará poder unirnos a los redimidos para alabar a nuestro

Señor y Salvador, Jesucristo! Las líneas finales de *El conflicto de los siglos* plasman maravillosamente la maravilla de la salvación: «“A todo lo creado que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, oí decir: ‘Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos’” (Apocalipsis 5: 13).

»El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor».⁸³